

¿Con qué sueñan las mujeres?

Hace algunos años conocí, en mis clases de la Facultad de Ciencias, a un muchacho reservado, espigado, rubio y narizón, con aspecto de adolescente vikingo. Nos hemos hecho buenos amigos; conozco su generosidad y respeto su inteligencia. Es Jorge Larson, uno de los hijos de María Guerra. Abro el libro de poemas que nos convoca esta noche, y leo 18 versos que compendian no sólo la infancia de Jorge, sino también el amor de María por su hijo. Me asombra la nitidez y la precisión de las dos palabras con las que María Guerra resume el significado que Jorge tiene para ella: milagro cotidiano. ¿Milagro cotidiano? ¿No son dos términos esencialmente opuestos? (El milagríto, le han de decir sus hermanos.) Me asomo al diccionario y confirmo mi sospecha. No importa. Uno de los privilegios que tienen los poetas es el de acoplar palabras que otros mantenemos aparte por los prejuicios de la antonimia.

Hojeo con cuidado el libro que Emilio Payán preparó con tanto amor para su amiga, y cada verso

se recorta con letras precisas y se convierte en un trazo de la intimidad múltiple de María Guerra. ¿Quién se atreve a contar su biografía en voz alta? Con la excepción notable de San Agustín y de Juan Jacobo Rosseau, cuya perspicacia histórica los hizo colocarse en la lista de los *best-sellers* de la filosofía, o de los afanes pedagógicos de Casanova, el Marqués de Sade, o Xaviera Hollander, a todos nos apena la posibilidad de hacer pública nuestra vida privada. Por supuesto que es inútil tratar de ocultarla; hay páginas sueltas de nuestras biografías en la crónica cotidiana de los periódicos y los noticieros, en las confesiones cargadas de culpas primigenias del "Acúsome padre que he pecado... ", que todos hemos musitado alguna vez ante el cura, el psicoanalista o en las sesiones auto-críticas de las células políticas. Nuestro pasado está registrado de manera indeleble en los expedientes del ISSSTE o el IMSS, en los cuestionarios de las tarjetas de crédito y en las copias de nuestros *currícula* con que rendimos cuenta anual ante los programas de estímulos académicos.

Aunque nos vemos poco, conozco bien a María Guerra. Sé de su amistad intensa con Rosario Castellanos, de su solidaridad con Benita Galeana, de su militancia

política, de su labor como periodista y feminista, de su trabajo como profesora y de sus afanes infinitos contra su tesis doctoral. La maledicencia de los estudiantes del CCH, nuestras peores némesis, me ha permitido acceder a muchas anécdotas de sus clases de estética, que comienzan siempre con referencias a Kant, Heidegger y Sánchez Vázquez, y en unos pocos minutos se transmutan en discursos épicos por los derechos humanos en Centroamérica. Hija de su tiempo, el lenguaje de María es siempre intensamente político. ¿Siempre política? No. En este libro María se repliega, y nos muestra una imagen inédita: nostálgica y melancólica, dueña simultánea de tristezas y de un erotismo intenso. El lenguaje político y periodístico ha cedido su lugar a otro más poderoso: el de la intimidad de una mujer.

En la tragicomedia cotidiana de nuestra vida diaria todo cambia, nada permanece igual. Al igual que todos, María Guerra ha dejado atrás infancia, recuerdos, casas y obsesiones. Sin embargo, como un personaje más de esas diásporas que Nikos Katzantzakis describió con tanta precisión en *La pasión griega*, María se ha movido por la vida cargando con los huesos blancos de sus fantasmas. Los poemas devienen urnas y, a veces, hasta premonición de la propia muerte.

En "Somos cinco" (p. 11), la cena de un día difícil se transforma en un banquete funerario, donde María se pregunta quién de los suyos sentirá mayor nostalgia por su recuerdo. ¿Cuándo dejaremos los mexicanos de hablar con nuestros muertos? En nuestra literatura los hombres han sabido ser buenos interlocutores de los difuntos. Juan Rulfo no pudo exorcisar las sombras de sus fantasmas, y nos sigue asustando la pasión de Pedro Páramo, la vida escapada a suspiros de Susana San Juan, y el coro donde se mezclan y dialogan las voces de vivos y difuntos. A don Alfonso Reyes lo persiguió siempre el recuerdo de la muerte del general Bernardo Reyes, y escribió la "Oración del 19 de febrero" en un intento vano de racionalizar su dolor. Nos conmueve la rabia con la que Jaime Sabines lamenta la muerte del Mayor su padre. María Guerra, mujer, nos ofrece un poema espléndido, "In memoriam", en donde al amparo de la sombra tutelar de César Vallejo invoca la memoria de su madre (p. 13):

A qué sabrá la tierra
sobre tu boca.
Y el agua
qué fría será
sobre tu cuerpo. •
Tendrás frío
estarás triste
con tus ojos cerrados

y tus manos cerradas
para que nadie te lastime.
Tendrás miedo
porque estás sola
porque no puedes vernos
ni llamarnos
y no puedes llorar
porque no tienes lágrimas.
Qué harás
sino seguir muriendo,
sino callarte más.

Aunque María ha transformado este pequeño libro en una minúscula caja de resonancia de sus tristezas más íntimas, el tono de sus poemas no es siempre sombrío. Me gusta, por ejemplo, la María sacrílega que se despertó furiosa un día e invirtió, para horror de las conciencias humildes y suplicantes, el sentido litúrgico de las letanías en una oración de rencor y celos (p. 34):

Despierto con el odio cerrando mi
garganta
y digo:
Déjame caer en la tentación
aunque no me perdones mis
deudas
no le perdono ni el más pequeño
de mis sueños
y no lo libres del mal
por todos los siglos de los siglos
amén.

Dicen que los poetas en el aire las componen, y a María a veces le dan ganas de escribir dormida (p. 28):

Me duermo con el pequeño lápiz
en la mano
¿será la almohada hoja?

¿podré escribir dormida lo que
sueño?

A veces la musa la asalta en sitios insólitos para la inspiración poética, y tiene que tomar medidas enérgicas para evitar la muerte de los versos (p. 49):

Hay que dejarlo ser
escribirlo con uñas
o sin manos
con tinta
o sin papel
en paredes
en coches
en supermercados
con una zanahoria escribir en un
queso
Permítame usted su marcador
se me muere el poema.

¿Se imaginan ustedes la cara del dependiente de Aurrerá? Por este libro sé la tristeza de sus hijos por la muerte de una perra negra, del parecido con su hijo Samuel (p. 48, "Dulce y distraído/ te pareces a mí en lo lejano/ un libro siempre cerca/la pluma/ una canción"), su alegría y su soledad por la boda de su hija Raquel (p. 51, "Toda la luz se ha roto de repente/ y un hueco inmenso se abre/ en medio de la casa/ de las camas/ de la mesa/ de las sillas/ Una ausencia ruidosa me golpea"). Ahora conozco mejor a mi amiga María, María la militante, la maestra, la madre, la mujer celosa, la que se injerta en pantera ante el descuido del amante, la hija triste, la dueña feliz de una

casa artesanal y laberíntica donde no hay eucaliptos; a la María que a diferencia de otras mujeres confiesa su edad, y con medio siglo a cuestas, exclama gozosa, en los dos últimos versos de su libro, "Hoy cumplo cincuenta años/ y quiero de regalo el mar." ¿Cuál María les recomiendo? ¿Con cuál María me quedo? Sin lugar a dudas, con la que naufragó una tarde calurosa en un océano de deseo, y escribió un pequeño poema que intentó

inútilmente pasar inadvertido en unas pocas líneas de la página 25:

En esta cama nuestra
tantas veces barca
nave
alguien se hunde sin ti.

Antonio Lazcano Araujo

María Guerra, *En donde duele el tiempo*, Ed. Tiempo extra, México, 1991.